

ESENCIA DE LA UNIVERSIDAD(*)

Séame permitido, antes que nada, agradecer muy sinceramente a mis compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras, la designación recaída en mi modesta persona, para pronunciar la oración inaugural, que en el turno estatutario le corresponde este año a nuestra Escuela. El celebrarse la apertura de este curso de 1938 a 1939, reafirma la vitalidad sustantiva e imperecedera de la Universidad. Al agradecer esta prueba indeleble de estimación que me honra, he querido ser consecuente con el espíritu e historia de toda Facultad de Filosofía — facultad representativa de la cultura desde que Aristóteles funda en el Liceo la primera Universidad genuina, aquella ejemplar e insuperada *universitas literarum* —, eligiendo, en consonancia con ese espíritu, un tema de síntesis o ascensión hacia el reino de las formas panorámicas.

LA UNIVERSIDAD COMO IDEA

Un tema es de por sí interesante cuando constituye un interés común a todas y cada una de las personas que se afanan por esa cosa que es de por sí interesante, pues interesar-

(*) Discurso leído como profesor de la Facultad de filosofía y letras en el acto de apertura del curso 1938-1939 de la Universidad de La Habana y publicado en la revista de esta última.

se por algo es reaccionar afectiva y actitudinalmente hacia ese algo, por constituir un todo de valor del más alto contenido existencial. Ese algo es para todos nosotros — profesores, alumnos y graduados — la Universidad, y por ello, por ese interés que ella tiene para nosotros, he elegido como tema, para desenvolverlo en este acto solemne, *La Esencia de la Universidad*, con lo cual se sobreentiende que no voy a referirme a nuestra Universidad, como sér concreto existente hoy y ahora, sino a la esencia de la Universidad, entendiendo por tal un pensar directo e inmediato acerca de la Universidad, o sea, la Universidad concebida como idea, como sér eidético.

Es que para conocer bien las cosas, tenemos que comenzar pensando en la esencia de las cosas. No se puede conocer si un acto de un ser humano es de hecho virtuoso, si no sabemos de antemano cuál es la esencia de la virtud; ni se puede saber si un acto de un pueblo es justo, si no sabemos previamente qué es en esencia la justicia. Asimismo no se puede saber lo que es una Universidad, situada en un lugar del espacio y en una etapa histórica, si no se sabe cuál es la esencia de la Universidad. Sólo el hombre ciego para las ideas es incapaz de ver ese mundo real de las ideas.

Es que la Universidad de la Habana, fundada el 5 de Enero de 1728, a instancias de la Orden de los Predicadores, según Bula de 12 de Septiembre de 1721 de Inocencio Décimotercero, es una cosa histórica, individual, accidental, real y alterable, al paso que la Universidad, en cuanto sér eidético, es intemporal, universal, permanente e inalterable. Pero esa Universidad ideal es más real que la Universidad real y concreta, la que vemos y en la que convivimos, porque ésta puede destruirse o alterarse; en cambio, la idea de la Universidad no puede jamás destruirse o alterarse, porque las ideas son eternas e incommovibles, y por ello las universidades sólo tienen existencia real, cuando reflejan en su sér el sér eterno de la idea.

Sólo veremos a la Universidad en su propia realidad, en su propia personalidad, cuando la intuyamos en ese su sér

originario, cuando lo singular de ella quede explicado por lo universal, por un acto ideatorio o de visión, pues idea significa “ver”, ver a la Universidad como esencia pura y categorial.

Reitero que no voy a hablar explícitamente de lo que nuestra Universidad es ni de lo que no es ni de lo que debe ser ni de lo que tiene que ser, porque la esencia de la Universidad lleva en sí todo aquello que la contradice e invalida.

LA UNIVERSIDAD COMO UNIVERSO

La primera nota constitutiva de la esencia de la Universidad está dada en la significación raigal de esta palabra, que vive en ella como en la semilla la flor. Universidad es primordialmente universo. Universo es *unus vertere*, lo que se resuelve o se combina en lo uno, lo que tiene unicidad o unidad o univocidad, lo que se opone a la descomposición, a la fragmentación y al caos, en una palabra, lo que constituye un sistema. Una Universidad ha de tener esa unidad del universo que las Escrituras Védicas llaman el Unico-Uno, que es lo que posibilita la perenne movilidad del cosmos y lo que nos anuncia que todas sus partes están dotadas de esa Fuerza-Una, sin la cual el cosmos se hubiera quedado en la nada, que es el no existir. Es esa fuerza unigénica la que une a las moléculas a virtud de la afinidad y la que une a los seres humanos en el amor al prójimo, el espíritu universal del universo.

Una universidad es Universidad cuando refleja en su ser la unidad cósmica del universo, cuando es totalidad y armonía de sus partes constitutivas, tal como se manifiestan en una superior unidad funcional, en una Vida-Una, en una *entelequia*. Y como sistema que es, ello implica que el desajuste de una sola de sus partes, por insignificante que sea, produce *ipso facto* la desarmonía efectiva del sistema.

Esa fuerza que mueve a ese sistema que es la Universidad es su alma, el *Alma Mater*. La palabra alma procede del

verbo sánscrito *an* que significa “soplar” y del sustantivo latino *anima* que significa “hálito”; pero ese soplo que es lo que hacía al alma activa, se supuso que era de origen divino — hálito de los dioses —. De ahí que Alma Mater es el hálito que alimenta y vivifica a ese cuerpo que es la Universidad. Esta alma tenía, según la antigua doctrina, funciones anímicas o “facultades” que eran capacidades de funcionar, de ser activa. Es curioso como desde la Edad Media se viene manteniendo una analogía entre las facultades del alma y las facultades de la Universidad. Aristóteles acuñó la palabra *δυναμις*, de acuerdo con su filosofía vitalista, y los psicólogos medievales la tradujeron como “potencia”, “fuerza” o “facultad”. Por eso, así como la inactividad de una de estas facultades del alma traía aparejada la muerte anímica del individuo, una universidad en la que exista una facultad inerte está igualmente en peligro de muerte.

LA UNIVERSIDAD COMO SABER

La esencia de la Universidad — lo que impide que ella sea muerte anímica — contiene cuatro predicados: primero, la Universidad es saber; segundo, la Universidad es cultura; tercero, la Universidad es tecnicidad; cuarto, la Universidad es Vida o forma cosubstancial de la vida.

La Universidad es saber. Saber no es saber muchas cosas ni poseer muchos datos de las cosas, ser erudito, sino tener una comprensión viva de las cosas, pues se puede saber muchas cosas y no comprender nada. Sabio es por eso el emotivo profundo.

Saber es haber digerido y vivido tan bien un caudal de conocimientos o doctrinas, que se llega a ignorar las fuentes de donde procede ese saber, que, por haberse tamizado tanto, se ha convertido en un saber-experiencia.

Saber es estar tan bien orientado en el mundo de las ideas y en el de la realidad, que el que posee ese saber posee

con él un método superior y propio de intuir el sentido de las cosas — saber de sentido —.

Saber es poseer, como efecto de procesos vividos, un conjunto de verdades acerca del mundo y acerca de la naturaleza humana; es poseer una filosofía de la vida, pues todo individuo, para merecer el nombre de persona, ha de tener una filosofía propia, por modesta que sea, y con ello le basta, pues, como dijo Hegel, “el que posee una filosofía las posee todas”.

Saber es un saber del no saber.

Pero el saber no es una propiedad meramente dianoética sino también ética. Ser sabio es saber elegir el camino que lleva al hombre a la paz interior, a la ausencia de contradicción consigo mismo, a la plena unidad de su vida, aunque por ese camino encuentre un positivo padecer. Si Einstein y Freud sólo fueran sabios porque saben cosas, poca sabiduría tendrían. Son sabios porque saben padecer y porque saben bendecir el momento del padecer, porque habiéndoseles removido en el centro mismo de su existencia, saben que la existencia del grande hombre es angustia y es tanto más dignificada, cuanto se sabe ser superior a las circunstancias que tratan de invalidar la esencia del sabio.

El saber universitario es la suma de los saberes individuales que son vectores de ese saber total. Se trata, en suma, de un saber que es fuente de derecho de toda actuación inteligente de la sociedad, para la cual la Universidad vive vinculatoriamente y en común. Es un saber acumulado por el aporte sucesivo generacional y por el aporte de la generación viviente, en cuanto interpreta fielmente a su medio y a su tiempo.

LA UNIVERSIDAD COMO CULTURA

La Universidad es, además, cultura. Ser culto supone tener un dinamismo interno que redunde en un cultivarse de

un modo superior. Lo contrario de la cultura no es la incultura sino la postración, el estancamiento, la abulia, el envilecimiento. La cultura es ímpetu, anhelo incontenible, pasión por conocer que, como pasión, implica continuidad afectiva indefinida que desafía todos los obstáculos que se la oponen. Es camino de perfección espiritual por vía cognoscitiva.

Ser culto es ser un microcosmos, en el sentido de Scheler, es capacidad de reducir el mundo grande y externo, el macrocosmos, al mundo de la conciencia, es decir, al hombre que, en cuanto tal, es un ser espiritual que dirige o gobierna desde el centro interior de su espíritu, su propia persona, sus representaciones y sus inclinaciones.

Ser culto es saber que el mundo es en esencia problema y contradicción y que ningún problema que sea tal se afronta sin hondura o radicalidad interior; es creer en la idoneidad de las ideas para la vida.

Si inculto es aquel sér que carece de la conciencia de su ser y es por tanto proclive a la maldad, al vicio, a la mendacidad, a la sumisión y al gregarismo, culto es en cambio el que ama clamorosamente la verdad y la virtud y domina al mundo con los instrumentos sutiles de la inteligencia y de la ejemplificación, es el que tiene un elevado sentimiento de colectividad y de cooperación humana.

Las universidades aparecen, sin embargo, a la vista general, tan sólo como exponentes del saber culto y no del saber como categoría del sér. El saber culto es un tipo de saber basado en la creencia en la legitimidad e idoneidad del conocimiento intelectual, en las investigaciones científicas de hechos y en la investigación y aplicación de métodos de pensar. El "Discurso sobre el Método" de Descartes, al enseñarnos que al menos una vez en la vida debemos revisar todos nuestros conocimientos, y las "Investigaciones Lógicas" de Husserl que asombran por su maestría y por su monumentalidad como sistema de pensamiento, constituyen muestras ejemplares del tipo de saber genuinamente universitario.

En tercer lugar, la Universidad es tecnicidad. Una Universidad no puede vivir a espaldas de su época y si nuestra época está caracterizada por la tecnificación de todo lo existente, es claro que la Universidad ha de interpretar esa civilización material, y sobre todo encauzarla, dentro de sus posibilidades, poniendo en claro que la civilización material no puede ser una fuerza ciega y bárbara, y que si el mundo ha de ser científico no ha de poner su ciencia y su técnica al servicio de las oscuras potencias que amenazan con sacavar los cimientos más firmes de la civilización. A ninguna otra institución de servicio social le corresponde como a la Universidad esa misión de redirigir el espíritu del que va siendo ese animal de presa que es el hombre civilizado, infiltrando en su mundo material y materializado un sentimiento superior de la vida, que armonice la producción económica con la ética económica, la prisa con la reflexión y la filosofía del contrasentido con la filosofía del sentido.

El saber, la cultura y la tecnicidad constituyen la esencia de la Universidad, pero la Universidad es, para el universitario, algo más; es un elemento constitutivo de su vida, la cual vida está conformada en gran parte por la Universidad. Por eso la Universidad es, además, Vida. En efecto, vivir consiste en alcanzar objetivos que el individuo juzga superiores, dignos y útiles. Vivir es desenvolver, alegres o doloridos, un programa valioso de fines. Estos objetivos se alcanzan gracias al impulso vital que es la voluntad de vivir para algo. Vivimos para dominar, para conocer o para amar o para estas tres cosas a la vez. Cuando el individuo es hipnotizado por aquello que le lleva a la realización de alguna de estas cosas vitales alcanza la superioridad, y todo individuo por naturaleza aspira a la superioridad. Para llegar a ella la vida le abre tres grandes senderos: el amativo, el social y el profesional. ¡Cuán importante debe ser la Universidad cuando hay que pasar por ella para llegar a la meta del tercer sendero!

Cuando el adulto ha logrado resolver adecuadamente el problema amativo llega al matrimonio, que es uno de los objetivos del vivir. Cuando el adulto se ha formado un carácter basado en una relación adecuada entre el yo y el tú, es decir, en eso tan difícil que es el justo trato con el prójimo y que se concreta en el sentimiento de colectividad, ha vencido el segundo gran camino de la vida. Pero para alcanzar el objetivo de la superioridad es preciso vencer un tercer camino. Cuando el niño que no se retrasó en la escuela o no desertó de ella entra en la edad juvenil en la Universidad y sale de ella con éxito, alcanza el tercer objetivo de su programa de fines vitales. Por eso el paso por la Universidad no es un mero accidente en la vida del adulto; el estudiante no es un mero transeúnte sino que prueba, batiéndose en ese tercer sendero, armas muy difíciles de manejar y de singular importancia en la técnica del vivir. La Universidad es por eso forma cosubstancial de la vida.

ESENCIA DEL PROFESOR

La Universidad es un centro, una de cuyas finalidades es profesar disciplinas, disciplinas que profesan los profesores que constituyen el elemento personal permanente de la Universidad y sin el cual ésta no puede existir. Por eso precisa determinar cuál es la esencia del profesor.

Ser profesor consiste ante todo no en aparecer como profesor sino en sentirse profesor, porque nadie puede ser algo si no siente ese algo que es, ya que el sentimiento de ser algo es un conocimiento directo que el propio sujeto tiene de sí y por medio de sí. Sentirse profesor es vivir para la Universidad y no de la Universidad, es vivir en ella o vivir sin ella, cuando ese vivir sin ella es una forma de vivir en ella y para ella.

Profesor y profesar llevan un prefijo, un *pro* que indica a las claras que el profesor, al profesar, pone algo por delan-

te (1): ese algo es el saber, o mejor, la sabiduría, porque saber es poseer un acervo de conocimientos y la sabiduría es la filosofía resumada y activa de ese saber. El predicado competente está imbíbido en el concepto del buen profesor. Competente es el que tiene competencia, y, a su vez, el que tiene competencia es porque compite, pues el que va por delante, compite. Ahora bien, a una persona le compete algo, lo cual es tener competencia, cuando ese algo le pertenece y le incumbe, y por eso compite. Competir es buscar algo con otro, contender, y competente es en suma una persona cualificada y capaz de responder a todo lo que se le pregunta sobre aquello que le compete. No debe, pues, extrañar que algunas disidencias que constan en la historia de las universidades, se hayan producido en aquellos casos en que la realidad que es un profesor, no ha coincidido con el concepto esencial del mismo.

En todo momento histórico el ser profesor y el mantenerse como profesor no ha sido más que un caso particular de la gran ley biológica de la lucha por la existencia, que, traducida a términos académicos, puede formularse diciendo que en la concurrencia producida en la lucha por la cultura, aquel que no puede dominar por su saber es desplazado por otros que, mejor adaptados a las nuevas condiciones de vida, subsisten y disfrutan por ello de los bienes de la cultura. Porque, en definitiva, la lucha por la cultura, como las demás formas de lucha, es una lucha por el mejor puesto.

ESENCIA DE LA CÁTEDRA

En efecto, una cátedra, según la palabra griega de donde proviene —καθεδρα— no es más que una silla —en alemán *Lehrstuhl* es la silla desde donde se adoctrina—, pero no una silla cualquiera sino una silla o sede que sólo puede ser ocu-

(1) Precisamos este punto más adelante.

pada por persona que tenga alta dignidad o jerarquía. Cátedra es, pues, sitial de un jerarca o dignatario. De ahí que “catedral” sea todo lo que pertenece o atañe a la cátedra, el lugar inmediato donde se sienten los efectos de lo que se expone en la cátedra, en una forma magistral que se denomina hablar *ex-cathedra*. Pero alcanzar esta dignidad es cosa difícil y larga, y por eso solemos calificar de “ser obra de catedral” aquellos empeños muy dilatados y difíciles de lograr. He ahí la esencia de la cátedra y la dignidad que la mantiene y vivifica.

Por eso, por constituir la cátedra una alta dignidad, es por lo que es factible apreciar el concepto y nivel de vida de una determinada sociedad, en función del concepto que esa sociedad tiene del ser profesor. Una sociedad en que ser profesor es una de las cosas primordiales que la constituyen, es una sociedad que tiene una concepción superior de la existencia, porque estas tablas de valores sirven para calibrar muy exactamente a las sociedades. Este era el caso de Alemania durante la pre-guerra, en que ser *Herr Professor* era la más alta dignidad a que se podía llegar. No quiere esto decir que el profesor haya de ser una persona privilegiada ni sobreestimada sino sencillamente estimada y no subestimada por la sociedad. Por el contrario, una sociedad en que el grado profesoral sufre un descenso en el barómetro de sus valoraciones, explicita, por este hecho, un concepto negativo de la existencia.

Pero no basta para que estos valores de la bolsa universitaria estén altos con ser autoridad profesoral. Precisa que con la autoridad irradie el prestigio, pues ambas cosas si bien muchas veces coinciden, pueden no coincidir. En efecto, tanto la autoridad como el prestigio son formas de dominar a los grupos humanos, pero el efecto ejercido por cada forma es diferente. La autoridad sólo quebranta la resistencia externa de la persona sometida a ella, pues se basa en el poder material. En cambio el prestigio quebranta la resistencia interior, pues dimana de la pura personalidad del que lo irradia y

por eso mientras es posible rebelarse contra la autoridad, cuando es arbitraria, no es en cambio posible rebelarse contra el individuo prestigioso, porque el prestigio es un espontáneo homenaje, una entrega que se hace de la voluntad, un acto objetivo y axiomático que brota de la libertad inalienable e imprescriptible del que lo otorga. Por eso el prestigio inmobiliza más a los grupos sociales y es una relación interpersonal más positiva.

ESENCIA DEL ESTUDIANTE

Fijada la esencia del profesor en esas dos notas que son competencia y prestigio, precisa fijar la esencia del estudiante, que es el factor personal complementario constitutivo de la Universidad y sin el cual ésta tampoco puede existir. No puede existir sencillamente porque la Universidad existe para el estudiante, no para el profesor, como la familia existe para los hijos y no para los padres y como el Estado existe en beneficio de los ciudadanos y no del gobierno. De aquí que todo estado o toda reforma de la docencia hayan de partir del supuesto del estudiante, de lo que el estudiante es capaz o no de hacer y no de lo que a los profesores les resulta más cómodo hacer. Y por eso mismo que la Universidad es para el estudiante, para su edificación y salvación, debe ser el estudiante el primero en afianzar el orden interno en que ha de descansar la vida universitaria, no el orden en el mero sentido de disciplina o autodisciplina, sino en un sentido más elevado, el orden que contiene aquellas innovaciones deliberadas que plasman un estado de mejoramiento y avance, de eliminación de las fuentes del defecto y de la enfermedad.

La participación del estudiante en la continuidad de la vida universitaria se diferencia de la del profesor, en que aquél no es un factor permanente sino temporal de la Universidad. Estudiante es aquel que, durante una etapa de la vida universitaria que corre velozmente, y por eso se llama

la carrera, realiza un esfuerzo continuado, incorporándose a la idea de la cultura que, como aspiración incesante, no conoce término.

Al aspirar a una cultura el estudiante tiene que levantarla sobre sólidos cimientos éticos, pues ella sólo puede florecer en un terreno sanamente moral. De aquí que toda filosofía que tienda a desacreditar el trabajo severo y serio y a pretender que la línea del menor esfuerzo constituye una forma respecto a la libertad del estudiante, suplantando el esfuerzo mental disciplinado, implica un positivo engaño.

Esta continuidad en el esfuerzo que define al estudiante tiene tanta importancia, que ser estudiante no es una característica exclusiva del individuo que en la fase juvenil asiste a las clases universitarias, sino que es un predicado común a todo estudioso que sabe que la faena de la ciencia es inagotable, como lo supo Jacques Loeb, el gran biólogo mecanicista, a quien se le preguntó si era químico o fisiólogo y respondió: "No soy más que un simple estudiante de problemas". De aquí que lo contrario de ser estudiante sea estar detenido en la evolución cultural. Estudiante es un participio activo, es algo que se está continuamente formando y que cuando deja de ser ese estarse formando deja de ser lo que es.

ESENCIA DE LA RELACIÓN ENTRE EL PROFESOR Y EL ESTUDIANTE

¿Cuál es la esencia de la relación entre el profesor y el alumno? He aquí una cuestión de la mayor importancia, planteada por la filosofía educativa de todos los tiempos. De la misma manera que la psicología actual ha dedicado serios esfuerzos a investigar cuál ha de ser la relación entre padres e hijos y que efectos produce en los hijos una relación adecuada o inadecuada con sus padres, asimismo la ciencia pedagógica ha cavilado mucho en torno a la cuestión de las relaciones entre el profesor y el alumno. La comparación anterior es buena, pues suele asegurarse que la relación entre

profesor y alumno es análoga a la que existe entre padre e hijo. Si se quisiese concretar en una sola palabra la esencia de esta relación, no tendría inconveniente en usar el mismo término que la psicología individual adleriana usa para precisar la debida relación entre padres e hijos. La relación entre el profesor y el alumno no ha de ser más que una cosa, ni más ni menos: ha de ser una relación "correcta", lo cual indica que se trata de una relación recta, justa, adecuada, consecuente, por ambas partes, por parte del profesor y por parte del alumno. De aquí que sea fácil entrever que toda fricción, tensión o desacuerdo entre ambos factores personales de la Universidad surge en el instante mismo en que esa relación ha dejado de ser correcta, bien por causa de una de las partes o de ambas, o sea, cuando el uso se ha convertido en abuso.

Ahora bien, una relación correcta es un estado de equilibrio que se produce entre profesor y alumno, basado en una comprensión mutua que llega a su rara culminación cuando el estudiante se transforma en discípulo y el profesor en maestro. En cambio, una relación es incorrecta cuando la mutua comprensión es suplantada por la arbitraria voluntad de prevalecer de una de las partes a expensas de la otra.

Cuando los padres o los profesores no tratan a los hijos o a los alumnos en forma correcta, suelen poner en juego dos formas incorrectas: la primera consiste en mirar demasiado a los hijos o alumnos, lo cual equivale a pretender dominarlos entregándose a ellos; la segunda consiste en tiranizar la casa o el aula, lo cual es una forma de pretender dominar tendiendo a la superioridad desde la inferioridad que conlleva toda tiranía. Ambas técnicas no sirven más que para deformar el carácter del joven, en el primer caso facilitándole demasiado la vida, en el segundo fomentando en él la hipocresía, el reelo y el resentimiento, que son una especie de dinamita psíquica, en que sólo hay un aplazamiento del momento propicio para producir el estallido.

Ha habido épocas enteras de la historia — y el medioevo

ha sido una excepción — en que el alumnado ha sido subestimado, tratado como cosa inferior y sin personalidad. La palabra *disciplina*, que significa instruir, alcanzó bien pronto un sentido traslaticio como equivalente de azote o flagelo. Durante tiempo no se concibió que se pudiese enseñar sin disciplinar. Pero toda tesis tiene su antítesis, y esto que duró más de veinte siglos sufrió una eversión radical desde hace unos cuantos años solamente, a partir de los cuales la gente se ha dedicado a mimar a los muchachos y ha surgido un culto a la juventud, a tal extremo que la gente adusta se ha puesto a hablar con el mismo estilo y vestir con las mismas modas que los muchachos. Se cayó en el extremo opuesto.

La consecuencia de la inidoneidad de ambos modos históricos ha sido ésta: que cuando a un alumno, desde la escuela primaria hasta la Universidad, se le enseña hoy el precepto tradicional: “Ama a tus maestros sobre todas las cosas”, de los labios de aquél desputa una sonrisa irónica. Y cuando a un profesor, que tenga sentido del humor, se le exige que enseñe ese precepto, si es sincero y veraz consigo mismo, lo primero que tiene que decirles a sus alumnos es esto: “He aquí una cosa que el Estado y la moral tradicional me obligan a enseñar, pero yo no creo en esto que se me obliga a enseñar”. Es que la veneración y el amor deben ser no formales sino críticos. En el libro sagrado del *Manú* se lee que “si cargáramos durante cien años a nuestros superiores, no haría uno por ellos lo que ellos han hecho por nosotros”. Nosotros pensamos que esa veneración debe ser ilimitada, pero a condición de que la relación sea correcta. Y eso lo vieron muy bien los grandes maestros, desde Sócrates y Platón hasta Luz y Caballero y el Padre Varela. Lo único que no ha habido es el Nietzsche que ponga en claro estas grandes verdades.

LAS GENERACIONES

Por otra parte no debe perderse de vista que una Universidad es un intento de mantener en un justo equilibrio

a tres generaciones: la generación juvenil, la generación madura y la generación proveceta. Cada generación surgente tiende a abrirse paso luchando subrepticia o frontalmente con la generación inmediata, a fin de imponer sus ideas y sus conceptos de la vida. El esfuerzo continuado de cada generación para convertir sus ideas en hechos tarda unos quince años y la vigencia de esas ideas, ya rebanadas por la realidad, dura como realidad otros quince años.

La generación proveceta tiende a estatificar lo existente, a mantener como bueno el aspecto tradicional de los usos, costumbres y hasta desusos universitarios. La generación juvenil, amante del ideal absoluto, está inclinada, con su facilidad de rápido entusiasmo, a idealizar y a demoler los usos caducos y semicaducos, pero dejando a veces la idea proyectada flotando en el espacio azul de la irrealidad y dejando en la penumbra lo que ha de venir después. La generación madura es un puente tendido entre las dos generaciones anteriores, pues representa la época de las concreciones efectivas que rectifican el vuelo del pensamiento autístico con la positividad de la realidad e impide a su vez que la realidad muerta y estática se mantenga a sí misma como valiosa.

La edad juvenil representa la tesis, la acción, el momento mecánico; la edad proveceta representa la antítesis, la reacción, el momento químico; la edad de la madurez representa la síntesis, la transacción, el momento orgánico. Las tres son fases dialécticas del proceso de la lógica vital de las sociedades en su ritmo de progreso.

En todas las universidades la antigüedad suele envolver ciertas prerrogativas. No hay que olvidar que el arte de instruir que es la *Pedagogía* deriva su nombre del παιδαγωγός, de παιδός, el niño, y αγωγός, que era el guiar los pasos del niño, cosa que solía hacer el anciano ayo. Es que siempre se ha supuesto que sólo puede guiar la persona de mayor experiencia. Por eso Roma hizo girar la estructura familiar y gentil sobre el *pater* y la estructura política sobre los experimentados senadores. Por eso también paseó sus legiones por el

mundo y creó el *Imperium*; pero no debemos olvidar que, según la tesis de Spengler, los imperios universales, como concreciones del imperialismo, son un producto de la civilización, es decir, de las postrimerías, de la decadencia de una cultura, por ser su remate y su final irrevocable, que se produce cuando su agotamiento vital le impide dirigir su energía creadora hacia dentro y la extrevierte, lo cual constituye su período de senectud, en que el tronco del árbol se reseca y otras culturas jóvenes barren sus cenizas.

Revisando la historia moderna del mundo en la fijación de los factores que tienden a acelerar el progreso social, la sociología estadística (1) ha descubierto que de diez grandes épocas de reforma sustantiva — en el arte, la política, la técnica o la ciencia — los doce hombres representativos de cada una de esas épocas tenían de 32 a 46 años; en cambio, la edad promedial de los adversarios de éstos, así como la edad de los hombres representativos de las épocas de *statu quo*, oscilaba entre los 54 y los 66 años. De modo que aquellos que produjeron cambios positivos en la estática de la sociedad tenían quince o veinte años menos que los adalides del conservatismo.

ESENCIA DEL DECANO

Por esa tradición las universidades suelen estar gobernadas por *Consejos*, cuya función central es, como su propio nombre lo indica, aconsejar lo mejor para su gobierno. Generalmente este consejo está constituido por los ancianos, que son los decanos, del latín *decanus*, que era el más antiguo de una comunidad de diez y cuya función era supervisora.

Siendo el cargo de decano uno de los más importantes para la aceleración o retraso del progreso universitario, debe

(1) Véase E. A. Ross, *Civic Sociology*, p. 214.

ser fijada su esencia. La esencia del decano puede ser descrita en estas tres notas.

1ª Ser decano no es ser un mero funcionario administrativo sino ejercer una función altamente técnica, metiendo en su juicio el sentido y forma de la enseñanza de cada disciplina dentro de su Escuela. Es, pues, el decano, por definición, persona impuesta a todas las disciplinas que están bajo su "super-visión", que es visión superior y no visión opacada y enjuta de los problemas.

2ª Ser decano es dedicarle a su misión todo su tiempo y todo su pensar, ideando de continuo todo lo que redunde en el mejoramiento efectivo de la vida facultativa, espoleándola continuamente para que alcance un grado superior de eficiencia y de fulgor.

3ª Ser decano supone intuir las cosas de la Universidad en su visión conjuntal, dejando de lado las disquisiciones de detalles o de cosas insignificantes, cuando con ello se posterga el examen juicioso y deliberado de las cosas centrales de que depende el destino universitario. Y, además, supone tener suficiente independencia de carácter y de concepción para separar limpiamente lo que pertenece al interés general de la Universidad.

EL ACTO DE ENSEÑAR

Determinada la esencia del profesor, la esencia del estudiante y la esencia de la relación conjuntiva y no disyuntiva entre el profesor y el estudiante, debemos aludir a lo que ambos hacen vinculatoriamente, a saber, al acto de enseñar y al acto de aprender. Sólo con ese halo radiante que es el prestigio se puede enseñar debidamente. Enseñar, ese acto cotidiano que es enseñar, por ser precisamente cotidiano, es algo en cuya significación no nos solemos detener a pensar. ¿Cuál es la esencia de ese acto que consiste en que un profesor asciende a la cátedra y comience desde ella a discurrir sobre un tema?

Tema, en griego θέμα significa lo que se coloca, lo que se plantea ante un auditorio. Durante la hora de clase el profesor se confiesa ante su auditorio. Eso quiere decir profesor, de *pro* y *fateri*, el que declara algo, el que revela algo en una declaración, el que al confesarse dice la verdad, su verdad. Y eso mismo es lo que hace el que profesa en una orden religiosa y muere para el mundo, que se liga por un voto a su verdad declarada. Y ese mismo profesar es el voto que presta el profesional que declara abiertamente que sabe algún arte y que está dispuesto a demostrarlo. Véase la esencia profunda imbibida en el ser profesor: revelar algo de substancial contenido ante un auditorio o clase y decir la verdad, que es su verdad. ¡Qué lejos nos llevaría un comentario acerca de lo que es para un profesor la verdad o su verdad!

¡Qué expone el profesor durante esa hora? Durante la hora el profesor sintetiza lo que una legión innumerable de pensadores e investigadores ha descubierto y urdido en esa maraña de los siglos que es una ciencia. ¡Cuántos errores inteligentes que llevaban en su seno el germen de la verdad! ¡Cuántas rectificaciones de doctrinas! ¡Cuántos dramáticos sacrificios por parte de los hombres de estudio, durante largas horas de vigilia, para que una disciplina, — la que enseñamos — tenga existencia! Todo eso se escenifica, amigos estudiantes, en el drama de la hora de clase.

Entre nosotros — hombres modernos — esa labor se auxilia extraordinariamente. Entre los primitivos el acervo cultural, la herencia cultural, se transmite oralmente de generación en generación. Nosotros en cambio poseemos ese artefacto ultramoderno que es el libro y esos museos de esos artefactos que son las bibliotecas. Usar libros y usarlos con eficacia creadora, es una característica de nuestra cultura. He aquí un misterio: que podamos expresar con las infinitas combinaciones de las veintiocho letras del alfabeto todas las ideas, todos los sentimientos, toda la historia del hombre.

Por eso ese acto que es enseñar y aprender es cosa de gran trascendencia, pues es mejorarse, y el mejoramiento sin

limitación es la razón de ser de toda justicia en el mundo. Por eso también el profesor y los alumnos se recluyen en un aula, la cercan y se aíslan del bullicio exterior. Se recluyen en ella los que tienen un tipo equivalente de conocimientos, los que están en un mismo grado o *classis* y crean un régimen de clase — la clase — para que el estudio se desarrolle en condiciones óptimas.

Ese encierro para no oír el mundanal ruido es esencial para lo que se hace en clase. Y es curioso que otras formas de aprender — como el deporte al aire libre — no requieran ese enclaustramiento. Pero el estudio presupone estar en un *Studium* — que era en la Edad Media la comunidad de maestros y estudiantes —, presupone una actitud de concentración para entrar en trato con las ideas, asimilarlas y vivirlas, lo cual es también un deporte.

CARACTER DEPORTIVO DE LA ENSEÑANZA

Que el aprendizaje es en esencia un juego, es cosa muy clara. El juego es una efusión espontánea de energías, una actividad placentera en sí misma. El día en que todo enseñar y todo aprender se conviertan no en faena obligada sino en juego, en conducta querida por sí misma, ese día la enseñanza cobrará su intrínseco sentido. Ninguna obra científica ni artística magnas se ha llevado a cabo más que dedicándole, a plena voluntad, todo el tiempo, incluso el super-tiempo, a su elaboración y goce. Jugando escribió Kant sus *Críticas* y jugando elaboró Einstein su teoría de la relatividad.

¿Si para un físico estar todo el santo día recluso en su gabinete no fuese la cosa más importante y agradable que en la vida se puede hacer, asesinaría su tiempo en ese insólito ambiente sin luz y sin aire? ¿Si para él hacer *diving* en la playa fuera lo mejor y más agradable, se metería a hacer ciencia en esa celda? ¿Y a su vez no sería algo inhumano que a un ser que le dedica todo su tiempo a la natación, se le me-

tiera en un gabinete de física, esquilmandole y falsificandole su verdadera vida? Pero el físico se mete en ese oscuro ámbito porque en él juega y porque al meterse en él se mete en su destino infranqueable, como la abeja juega a su destino que es hacer cera y miel, y hace eso y no otra cosa, porque ese es el destino, predestinación de hacer una misma cosa con agonía o con alegría.

Es que la esencia del jugar consiste en orientar la energía psíquica hacia fines queridos por el propio individuo. Y ese es el *desideratum* de la nueva educación. Tan pronto como el estudiante se coloca bajo un régimen de trabajo vocativo y positivo, elige aquel tipo de trabajo que está más de acuerdo con su idiosincrasia y con su capacidad de rendimiento. Por eso cuando las universidades, en vez de tener un carácter normativo tengan un carácter deportivo, sólo entonces los árboles serán conocidos por sus frutos. Hay que aprender estudiantes, sin más, a jugar; eso sí, hay que jugar bien.

LA PROFESIÓN Y EL DESTINO

La profesión o carrera es un juego y es una parte del destino de cada cual. Una carrera es una continuada actividad preferencial de estudio por parte de un individuo. Un individuo estudia aquello más afin a su manera de ser, por lo cual suele haber muchas equivocaciones, al elegir la profesión, cuando el estudiante estudia aquello que está en desacuerdo con su manera de ser. Es que a uno le gusta sólo aquello que uno considera que es capaz de hacer bien y le disgusta aquello que uno está seguro que hará mal. El éxito en la elección de una profesión y en la profesión misma depende de la coincidencia entre la naturaleza de ésta y las preferencias y aversiones no profesionales de cada individuo. En efecto, cada individuo tiene un número de cosas preferidas — libros, faenas, deportes, diversiones — y un número de cosas que no son preferidas. Estas cosas no son en sí profesionales, son cosas

ajenas a la profesión, pero los individuos que componen una profesión se asemejan entre sí en estas preferencias y aversiones ante esas cosas no profesionales.

De aquí que cuando se sabe específicamente cuáles son las preferencias y aversiones propias de los individuos de cada profesión, se puede diagnosticar exactamente — cosa hecha ya por los psicólogos (1) — cuál carrera es la apropiada para un determinado individuo.

Un individuo sólo podrá tener éxito en su profesión cuando la mayor parte de sus características psicológicas superiores o felizmente desarrolladas, pueden ponerse en juego debidamente en ella, y a la vez cuando no lo obligamos a poner de manifiesto sus características inferiores o pobremente desarrolladas. Por eso un individuo que tenga condiciones para abogado puede tenerlas para empresario industrial o para agente de seguros, porque hay afinidad tipológica entre estas profesiones, pero no tendrá condiciones para artista, filósofo o ingeniero, porque todo lo que a los primeros les agrada, a los segundos les desagrade. La razón es muy sencilla: el abogado y el agente de seguros tienen que tratar con personas; el artista, el filósofo y el ingeniero tienen que tratar con cosas inanimadas, sean dibujos, ideas o números. Por eso son dos tipos de actividad completamente distintos y dos modos muy diversos de orientar y disponer la energía psíquica.

LA LIBERTAD DE DOCTRINAR

Para que una cátedra sea en esencia lo que debe ser, ha de existir dentro de ella la libertad de doctrinar, o sea, que la doctrina profesoral, sin estar supeditada a ningún *ismo*, contenga todos los *ismos*, y, a su vez, que cada alumno pueda participar en el *ismo* más afín a su construcción ideológica,

(1) Ver, sobre este punto, mi *Tratado de Psicología General*, t. II, cap. X, secc. V.

incluso crear su propio ismo. Una cátedra con todos los ismos y sin ningún ismo tiene el ismo propio de la verdadera cátedra. Esta conducta ofrece el único medio de coordinar los aportes individuales a la cátedra, pues cada individuo sólo tolera que se expongan ideas contrarias a las que él sustenta, cuando tiene en sus manos la posibilidad de destruirlas por medio de un contraargumento. Esto fué muy bien expresado por un filósofo de la antigua Francia, al escribirle a su más temible adversario: “Yo detesto lo que tú sustentas, pero soy capaz de pelear, hasta entregar la vida, para que tú conserves el derecho a exponer lo que tú sustentas”.

Lo que ha de hacer el profesor es argumentar críticamente los juicios descarriados del alumno. Porque ¿quién es el detentador de la verdad? No resuenan todavía las palabras de Poncio Pilatos en el Cuarto Evangelio, cavilando ansiosamente: “¿Y qué es la verdad?”. . . ¿No son las ciencias llamadas exactas igualmente inexactas? ¿Cuál de las geometrías es la verdadera la euclidiana, la hiperbólica o la parabólica? Es que la verdad es un concepto relativo, propio de cada individuo, de cada círculo cultural, de cada época. Por eso la Universidad no puede enseñarle la verdad a cada alumno, que ha de formarla de acuerdo con su propia y vital experiencia. Y por eso la experiencia de la profesión no es enseñable, porque ella entraña un contacto directo con la realidad en que el profesional ha de desenvolverse. Por esa imposibilidad de enseñar lo que es inenseñable, a lo único que puede aspirar un profesor en su clase — al menos eso es a lo único que yo he aspirado — es a conversar inteligentemente de las materias que se abren a estudio.

LAS FORMAS DE LA ENSEÑANZA

Además de la libertad de doctrinar, cada cátedra ha de poner en juego las diversas formas o técnicas usuales de la enseñanza, para que el conocimiento se transmita en condi-

ciones óptimas. Los conocimientos pueden transmitirse por medio de la conferencia o de la clase, por medio del seminario o del experimento, por medio del debate o del estudio dirigido, por medio de la radio o de la clase filmada, por medio de la correspondencia o de la extensión universitaria y de otras tantas formas que no es preciso mencionar. Ahora bien, cada una de estas formas de transmisión del conocimiento tiene una técnica propia e intransferible y todas son necesarias conjunta o separadamente en cada cátedra. Por tanto, no se puede aplicar la técnica de una forma de enseñanza a otra forma de enseñanza. Por eso una universidad que, por su propia estructura, esté planificada de modo que la forma normal de la enseñanza sea la conferencia oral, es una universidad que tiene un déficit notorio de sus formas de enseñar.

EXAMEN DEL EXAMEN

De lo anterior se infiere que las actividades universitarias son innumerables, y por eso cuando un tipo de actividad se hipertrofia en detrimento de las otras, esto produce un verdadero daño al rendimiento académico. Eso es lo que ocurre, cuando toda la actividad universitaria gira de continuo en torno a ese acto administrativo que es el examen, que, como función universitaria, suele sobreestimarse en su valor. El examen es una entre las muchas actividades que componen un curso y no es precisamente la más importante de todas, y es incluso la que se basa en una técnica más inexacta, pues todavía los pedagogos no han descubierto un método que sirva para apreciar cabalmente, por medio del examen, lo que el examinando sabe o no sabe, y en la mayor parte de los casos es un acto aleatorio, por lo cual debiera substituirse por procesos más parcializados o por el examen de suficiencia.

Hacer girar la eficiencia del conocimiento en torno al simple examen es falsificar la esencia del conocimiento. Además, desde el punto de vista psicológico, un examen es una

prueba de la seguridad e inseguridad que se tiene en el conocimiento, lo cual crea un estado emocional que es, por definición, desorganizador para el sujeto. De aquí que una Universidad que esté durante todo el curso en faenas examinatorias, tiene que ser una Universidad perennemente emocionada. La Universidad, además de exámenes, es otras cosas, es organización de trabajos en que se pone en actividad la personalidad equilibrada y reflexiva del estudiante.

¿Es que una genuina Universidad ha de limitarse a faenas rutinarias y administrativas? La energía universitaria es demasiado preciosa para que se extravase en faenas banales y mostrencas, pues la Universidad ha de tener finalidades de altos vuelos. Proponerle lo trivial es traicionarla y querer su desgracia, porque su incumbencia esencial es la realización de lo egregio contenido en su espíritu y por ello está llamado a ese algo mejor que es la vida del espíritu.

ESENCIA DE LA ESCUELA

•

Hay dos maneras de sustraer a la Universidad de lo banal y mostrenco. La primera consiste en organizar la colaboración investigativa entre las cátedras. La segunda consiste en que el estudiante se persuada de que la Universidad, además de casa de estudio, es centro de investigación y que él tiene que ser también un trabajador en ese colmenar.

La colaboración entre las cátedras supone desechar la idea de que las cátedras son feudos. Una cátedra no es más que una parcela de conocimientos deslindada en un instante dado, obedeciendo a una necesidad transitoria acusada por el estado de la ciencia, pero no es nunca un coto cerrado al afán de investigación de los estudiosos de cátedras circunvecinas. Las cosas más fecundas de la ciencia moderna se han hecho cuando dos cátedras, relacionadas en mayor o menor grado, han coordinado sus técnicas y ha nacido de este convivio científico una nueva ciencia. Para poner un caso entre mu-

chos, la Psicología Social nació, no hace veinte años, de una labor mancomunada entre los investigadores de la Psicología y de la Sociología; y la Psicología Social Experimental nació, no hace seis años, de la unión de los resultados anteriores con los de la Psicología Experimental.

Esa comunidad de ruta, imprescindible a todo avance del conocimiento, se ha denominado, desde tiempo inmemorial, con una palabra hermosísima de uso diario en el coloquio académico. Ese convivio en el método y estilo del laborar, ese espíritu de colmena, esa afinidad interior de los que trabajan con una verdadera unidad en el punto de mira último, se denomina *Escuela*. Son las escuelas filosóficas, como el pitagorismo y el escolasticismo — filosofía ésta enseñada en las escuelas y universidades del medioevo —, las escuelas jurídicas, las escuelas médicas, las escuelas pictóricas, que alumbran la historia de cada ciencia o arte.

Es escuela formada en ese aporte individual, libre y vocativo, que está expresado genuinamente en la palabra griega de donde procede *σχολη* que significa “ocio”, ese ocio constructivo que está descrito con gran maestría en la *Metafísica* de Aristóteles, Libro A. El ocio era la vida de reposo o escolástica, la realización acabada de la obra propia del hombre, vida la más dichosa posible y la única plenamente práctica, porque es completa en sí misma y se basta a sí misma. Por ser ese reposo fin inmanente de la actividad, en nada se diferencia de la vida divina y es por ello vida de eterna bienaventuranza, grata a los dioses e ideal de la existencia humana.

Esa es la vida de la escuela, que no debe ser estorbada, vida de asociación y colaboración, de cenobio, en el saber y en la creación del saber, con el más alto grado de exaltación y continuidad. (1)

(1) Aristóteles, “*Metafísica*”, Λ , 6, 1071 b 27-28; 8, 1074 a 28; 9, 1075a; “*Política*”, I, 2, 1253 a 27 y sigs.

También una parte del estudiantado — la vocada a ello — ha de investigar. La faena de investigar es cosa tan asequible a todo aquél que se la proponga que cada estudiante, por modesto que sea intelectualmente, puede rendir un aporte científico efectivo en el hallazgo de lo actualmente desconocido. La mayor parte de las veces investigar es un trabajo harto fácil, local, casi mecánico. Y cuando numerosos aportes parciales se articulan, y logran un sentido determinado por el que organiza la investigación, ello lleva directamente a la formulación de alguna hipótesis o teoría nuevas en algún aspecto de la ciencia.

Este es un aspecto económico de la investigación universitaria. Si economía es una relación de trabajo, el estudiante investigador puede ser estimulado a convertirse en un trabajador más. Sólo entonces, cuando el estudiante ve que puede hacer algo personal, por su propia cuenta, algo que nadie y sólo él ha hecho, y afirma con ello su personalidad, supera la faena mostrenca de repetir mecánicamente lo que lee en los libros, que es saber ajeno, e intuye la importancia del saber propio elaborado con su propio esfuerzo.

Toda cátedra debe tener al margen de ella un seminario, un “semillero”, que eso significa, de investigación, que le rinda y devuelva a la Universidad lo que la Universidad le da. Los problemas de todo orden — científicos, técnicos, artísticos, sociales, jurídicos, educativos — que el mundo actual plantea, son demasiado importantes y demasiado vastos para que una cátedra se permita el lujo de abstenerse de analizarlos en su entraña profunda. Si la Universidad ha de ser laboratorio, lo debe ser más en esta época en que se dilucidan problemas muy serios para el destino de nuestra cultura. Es preciso, pues, que dejemos de estudiar un poco para comenzar a investigar.

El material primario de nuestra investigación está delante de nosotros, en el estudiantado, en la forma de vida que es

la juventud estudiosa. La Universidad es aquella zona de la sociedad que ofrece como ninguna otra la posibilidad de observar en su propio campo de investigación esa forma de vida. Sólo estudiándola científicamente, no viendo sólo al estudiante como sujeto sino también como objeto de estudio, podremos inferir conclusiones relativas a su bienestar y felicidad. En este sentido la Universidad es un laboratorio único en su clase, donde puede observarse la conducta de la juventud y derivarse de esta observación saludables resultados.

LA UNIVERSIDAD EN BUSCA DE SU SER

Esa investigación nos llevaría a comprobar que el llamado problema universitario es sólo una parte del gran problema educacional, problema que subsiste en su esencia mientras quede un sólo individuo sin recibir el obligado beneficio de una cultura en condiciones óptimas. Autonomía no significa segregación sino todo lo contrario, una intensificación de una zona de la docencia, a fin de beneficiar con ello a las demás. Es que en definitiva los problemas universitarios no son más que los problemas primarios y secundarios en una forma intensificada y los problemas primarios y secundarios no son más que los problemas universitarios en un grado más atenuado, puesto que el objeto central de la educación sigue siendo el mismo, es el estudiante, que es la misma persona en evolución, lo mismo cuando está en la escuela primaria que cuando está en la universitaria. La cuestión principal consiste, pues, no en ver cuáles asignaturas de más o de menos ha de estudiar aquél, sino en saber a ciencia cierta qué clase de tipo humano y social ha de fomentar el Estado en esa su persona para convertirle no en un autómatas sino en un sér consciente, autónomo y progresista, que coopere con eficiencia a la integración de una sociedad verdaderamente feliz, justa y humana.

¿No es éste un objeto primordial de investigación? Pero

la creación y fomento de ese tipo humano no puede producirse sino después de un pensar muy directo, muy hondo y muy tecnificado acerca del destino de nuestra sociedad y de esa clase peculiar de hombre que es el cubano, en suma, de un pensar sustraído a todo criterio comparativo.

Claro está que se puede no pensar, lo cual es mucho más fácil, pero a la larga tenemos que pensar, porque el pensamiento inadecuado trae siempre consigo su sanción. La naturaleza no ha dotado al hombre con esos instrumentos de precisión que son los instintos del animal. El animal no necesita abstraerse para orientarse porque está dotado del instinto, que es un substitutivo de la inteligencia, es inteligencia heredada y a virtud de él la naturaleza se lo da todo hecho y derecho; pero el hombre sólo cuenta con ese instrumento aleatorio, logrado con esfuerzo y con esfuerzo aplicado, que es la inteligencia, que le permite leer dentro de las cosas, pero por eso también sus posibilidades de creación y de transformación son infinitamente mayores.

Y de aquí que una Universidad para que sea tal, tiene que ser ella misma y no otra y tiene que orientarse a base de un examen detenido de sus propios problemas y soluciones. Una Universidad podrá, como un individuo, querer tener lo que otra tiene, pero no podrá querer ser lo que otra es, porque ¿quién renuncia sin más ni más a su propio ser, sea individuo, universidad o nación? ¿Todas las cosas no tienden, según el filósofo, a perseverar en su propio ser? Cada individuo, como cada institución, deben ser fieles a su ser. *Informarse* de lo exótico sí, pero tomar de *modelo* lo exótico no — como enseña Ortega y Gasset — porque la imitación conlleva el fracaso. Es preciso que cada Universidad sea ella misma y que multiplique sus formas de perfección, tal como la naturaleza se las dicta.

La Universidad no es sólo naturaleza, es también historia. La esencia de una Universidad es también histórica. Los grandes hechos históricos son grandes hechos universitarios y los grandes hechos universitarios son grandes hechos históricos. En la Universidad de Oxford nace el "wicliffismo" y en la de Praga nace el "hussismo"; los profesores de las universidades de Marburgo, Königsberg y Jena propagan la Reforma religiosa; y la concepción calvinista se forma en la Universidad de Ginebra. La evolución política alemana, durante la etapa nacionalista de 1813 a 1814, es acelerada por las universidades de Breslau y Berlín, en las que profesores y alumnos constituidos en organización, en *Burschenschaft*, educan políticamente al pueblo y difunden la idea de la unidad nacional. Las universidades de Heidelberg y de Friburgo son baluartes del movimiento liberal y en la de Kiel se origina la cuestión de Schleswin-Holstein. Las universidades italianas son centros de resistencia contra el despotismo extranjero y propician el *Risorgimento*. Las universidades españolas contribuyen a la caída de Napoleón y difunden las ideas liberales. Las de Copenhagen y Cristianía son reductos del nacionalismo danés y noruego. Las de Moscú, Kazán y San Petersburgo defienden el paneslavismo político. La cuestión del *Disestablishment* surge en la Universidad de Virginia, fundada por Jefferson. La Universidad de Londres se crea debido a las gestiones del liberal Bentham, a fin de acoger a los católicos e inconformes que eran excluidos de Oxford y Cambridge. El derrocamiento de la tiranía machadista se debe en gran parte a la actitud cívica y protestante de la Universidad de la Habana.

Es que lo que hace digna a una Universidad es su necesidad para la vida y el papel que desempeña ante los grandes sucesos de su tiempo. Sin embargo, es preciso no confundir los grandes sucesos históricos de un pueblo con los sucesos triviales de la política externa que no pueden hacer sen-

sible a la Universidad. Ante estos sucesos triviales la Universidad ha de ser dipolítica, en cuanto esa política positiva se basa en la conciliación de intereses transitorios, para llegar a una sola meta que es el poder. Pero la política, como realidad positiva y dinámica que es, no puede detenerse a contemplar su propia obra — como ocurre en otras actividades, como la ciencia o el arte — ni a borrar la huella que dejó a su paso. Es que la Universidad no es conquista de algo ajeno a ella sino conquista de sí propia. Una Universidad que se arriesgue a poner en contradicción los fines éticos que constitutivamente persigue con cualquier clase de medios para lograr estos fines, se niega a sí misma, y pone en peligro su autarquía espiritual. El sino de la realidad política casi nunca coincide con el sino de la realidad universitaria. Y ello es porque la Universidad no puede ser nunca poder temporal, en el sentido histórico de la palabra, ya que ella es en sí poder espiritual, ayer, hoy y mañana.

AUTONOMÍA Y PROYECCIÓN

En ello radica su autarquía. Este poder espiritual se patentiza en su autonomía. Sólo cuando la sociedad siente la presencia de ese poder, es que la Universidad puede sustraerse al juego de las fuerzas exteriores. Una Universidad no es nunca un mero efecto del medio exterior, en el sentido de ser un efecto mecánico, que, como efecto, desconoce las causas que lo producen. Una Universidad sin conciencia de sí puede ser un efecto de causas externas, pero una Universidad autárquica es siempre una *causa sui*, una causa de sí, con enorme potencial para irradiar energías en el medio que la circunda, vectorizando iniciativas de beneficio general, haciéndolas posibles en la realidad y dejando con ello su impronta en cada etapa histórica.

Sólo cuando su vitalidad y sus reservas de energía son abundantes, es cuando la Universidad puede proyectarse al

exterior, porque necesita para completarse ver sus efectos en la periferia. Para ello ha de utilizarse todos los recursos que en la actualidad se emplean para ensanchar la circunsferencia de las opiniones y creencias.

Abierta la Universidad al pueblo, y gravitando la vida moderna bajo un régimen existencial de masas, la Universidad ha de cumplir su misión democrática, preparando sus equipos académicos para que todos los ciudadanos tengan la posibilidad de formarse una vida profesional edificante y útil, dando así cumplimiento a uno de los complejos dominantes de la democracia moderna que es la escuela para todos.

EL MANDO Y LAS IDEAS SUMAS

En *La República* de Platón, Libro VII, hay una alegoría que ha merecido la admiración de los siglos. Una multitud de hombres ha vivido desde la infancia en una caverna sombría. Estos cautivos están encadenados y no pueden levantarse ni moverse libremente ni tornar la cabeza; sólo pueden mirar a la parte oscura del subterráneo. Por la boca de la caverna penetran rayos de luz, pero como ellos están de espalda, sólo pueden percibir sus reflejos, y delante de ellos se proyectan sus sombras que las toman como seres humanos reales. Las cadenas representan nuestras pasiones y nuestros prejuicios, las sombras fugaces son nuestras propias sombras y la caverna es el mundo real. Pero esos hombres encarcelados no existen en realidad, son como sus propias sombras. Sólo existe aquel que, tras una lucha esforzada y agónica, logra romper los pesados grillos y logra salir del antro tenebroso. Sólo cuando el hombre ve la luz del Bien, de la Verdad y de la Justicia, deja de ser sombra.

Uno de esos cautivos quiso dejar de serlo, y se libró de sus cadenas, y pudo tornar la cabeza, y caminó hacia la luz, y miró la luz, y antes veía fantasmas, y ahora vió la realidad de la luz, y vió mejor, y quedó deslumbrado al ver por vez

primera al Sol, que hace los años y las estaciones, y es eterno, y gobierna a todo el mundo visible y le da vida. Y ese cautivo volvió a su cautiverio y sentóse en su antiguo sitio, a la vera de sus compañeros de antro, y sintió el súbito tránsito del fulgor de la luz a la oscuridad, y sus ojos quedaron ciegos, y su vista estaba nublada, y contóles a los desgraciados cautivos lo que sus ojos habían contemplado, y éstos se rieron de él, y lo creyeron loco de remate, y ni siquiera intentaron ver lo que él vió, y siguieron en el antro subterráneo.

Mandar es ejercer una autoridad efectiva y jurídicamente respaldada. Pero manda también todo aquél que, de un modo más o menos sutil, es capaz de influir y presionar el destino de la sociedad en que vivimos. Mas nadie será digno de mandar en los asuntos humanos si no sale, tras penosa cuesta arriba, por el camino escarpado de la caverna, para ver la lumbre y elevarse al reino de las Ideas sumas del mundo inteligible que son la Verdad, el Bien y la Justicia.

ROBERTO AGRAMONTE Y RICHARDO

Habana, 1° de Octubre de 1938.